

FILMS SELECTOS



EN ESTE NÚMERO

Chevallier, pasodoble del maestro Guerrero. — Música y ruido, por María Luz Morales. — La polémica del cine: opinión del maestro Jacinto Guerrero, por Fray Can. — El cine y la moda. — Argumento y fotografías de la película El enemigo silencioso, etcétera.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

Bert Wheeler dejándose conquistar por Dorothy Lee, en la divertida comedia cinematográfica de la Radio Pictures «Medio fusilados al amanecer». Foto exclusiva para FILMS SELECTOS.

AÑO II :- N.º 12
3 de enero de 1931

30
Grs.

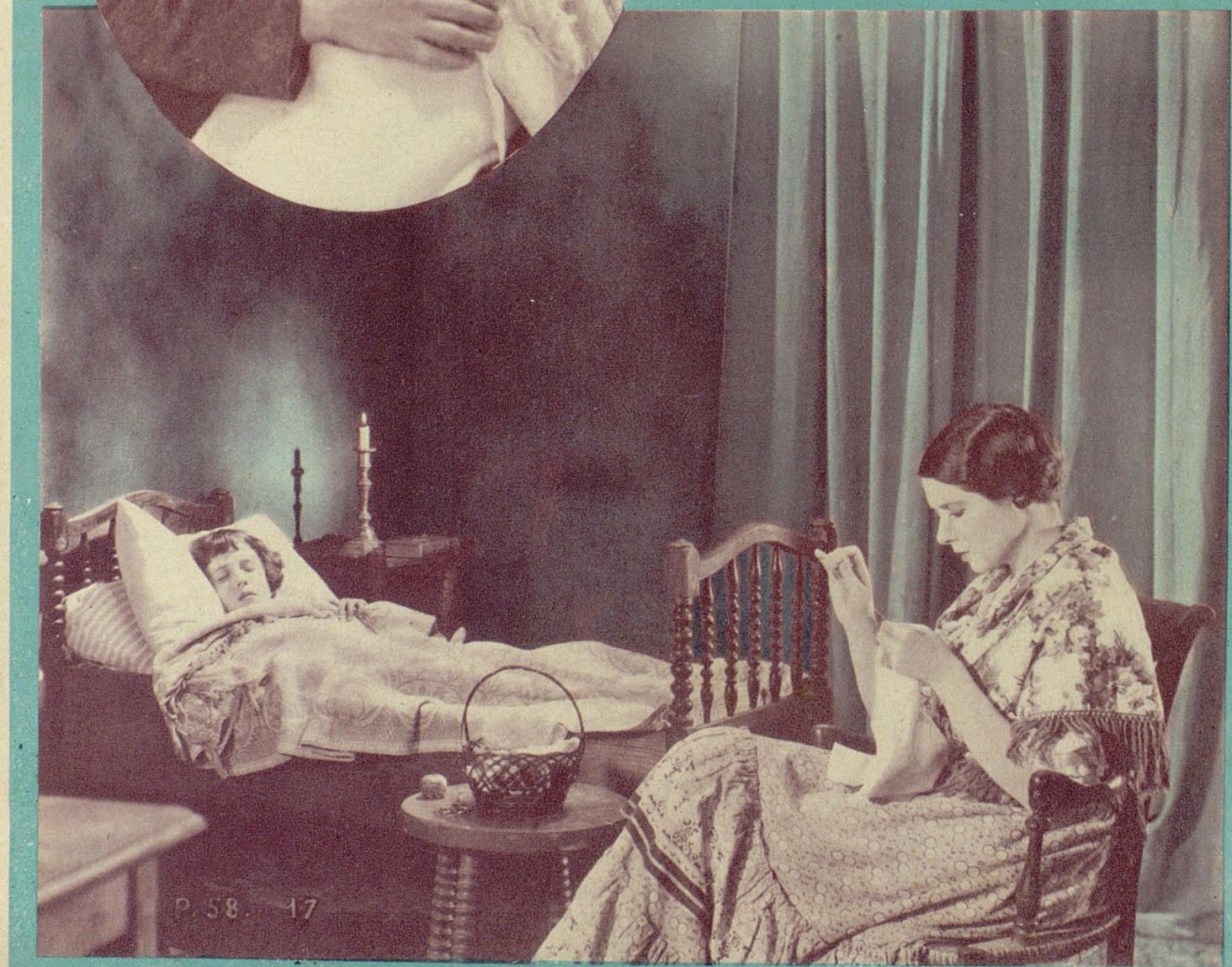
Dos emocionantes
escenas de la pelícu-
la Paramount, toda
hablada en perfecto
castellano,

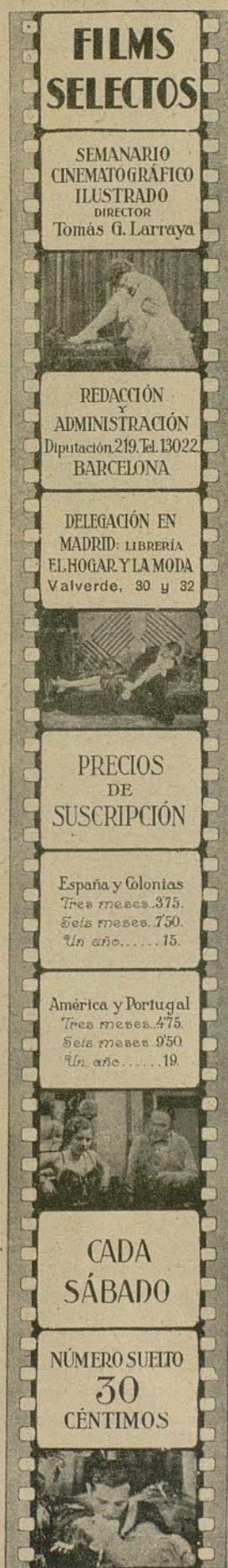
TODA UNA VIDA

de la que es protago-
nista la ilustre actriz
de la escena española

CARMEN LARRABEITI

secundada por Félix
de Pomés, Isabel Ba-
rrón, Carlos de Men-
doza y Ton d'Algí.





A los participantes en el
primer CONCURSO de
FILMS SELECTOS

HABIENDO terminado el plazo de recepción de soluciones enviadas a este concurso el día 31 del pasado mes, estamos procediendo a la revisión y ordenación de las mismas, que suman una cantidad respetable, por lo cual no podemos celebrar el sorteo de los premios tan pronto como habíamos proyectado. Para tener tiempo suficiente y con el fin de que no haya equivocaciones que lamentaríamos de todas veras, hemos acordado que **el próximo sábado día 10 a las 4 de la tarde celebraremos el sorteo de los premios** entre todos los que hayan enviado la solución exacta o sea el título de la película y el nombre de los protagonistas según indica la base 2.^a

Todos los suscriptores y lectores de FILMS SELECTOS pueden presenciar el acto del sorteo que se verificará en esta redacción el día y hora antes indicados.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre, 3'75 pts. - Semestre, 7'50 - Año, 15

Nombre _____

Calle _____ n.º _____

Población _____ Provincia _____

Desea suscribirse a **films selectos** por un trimestre - semestre - un año. (Táchesel lo que no interese.) A partir del 1.^o _____ El importe se lo remito por giro postal número _____ impuesto en

o en sellos de correo. (Táchesel lo que no interese.)

(Firma del suscriptor) _____ de _____ de 1931 _____ (Fecha)

Films Selectos sale cada sábado

De unos a otros

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine.

Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las envíen, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el seudónimo que quieran que figure al publicarse.

No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consulta.

DEMANDAS

54. — Una muchacha de ahora pregunta: ¿Cuáles son las últimas películas de Charles Rogers y Nils Asther? ¿Se sabe algo referente a algún amor del simpático Charles? ¿Cuál es la mejor producción de Lawrence Gray? ¿Cómo se llama el perro de Buddy Rogers?

55. — F. Domingo Puche, «El Caballero Negro», pregunta a Valentín Vega «Triunfo»: 1.º ¿Cuáles son los principales intérpretes de la película *La regala del amor*? 2.º ¿Quién es la compañera de Jhon Stuart en *La lucha por el trofeo*? ¿Cuál es el nombre del perro que trabaja en *La partida del Peligro*? Y por último le ruego me diga si es moda entre los artistas llevar el pelo muy crecido y al parecer hirsuto.

Me dirijo a usted porque he leído en esta revista que tiene usted montado un archivo y creo me podrá informar, no obstante, si algún lector me pudiera contestar la agradecencia que lo hiciese.

56. — Un pollo bien solicita de los amables lectores un pequeño retrato de Monte Blue: quedaría muy agradecido y le correspondería con otro retrato o lo que me pidiese. Señas, José Ruiz, Nueva, 7, Albacete.

57. — Una pregunta de Juana de Arco: ¿Podrían decirme si es cierto lo que se dice del próximo divorcio de Douglas y Mary? ¿Y la unión que existe entre el primero y Lupe Vélez y de la segunda con Charles Rogers? Lo he leído en *Estampa*.

58. — Dandy desea saber la biografía de su artista favorita Marion Davies.

59. — Darling quedaría muy agradecida a quien fuera tan amable que le proporcionara las direcciones de Charles Farrell y Janet Gaynor.

60. — Un beso a media luz desearía que alguien le dijese la edad y estado de Mary Briand, así como si en la actualidad filma algo y si tiene novio.

Querría igualmente saber si *El Beso*, la última película de Greta Garbo, ha sido éxito al estrenarla en Barcelona.

CONTESTACIONES

36. — Kator contesta a Nils O'Hara sobre su opinión en el cine sonoro. Difícil resulta en la actualidad enjuiciar el cine sonoro y

¡JOVENES! ¡JOVENES!

que tenéis muchos granos en la cara (Acné juvenil), podéis eliminarlos obteniendo un cutis limpio y agradable usando

Para instrucciones escribir a
PRODUCTOS CUTÍSÁN
Muntaner, 10. - Barcelona

United Artists Studios, 1041 No. Formosa Avenue, Hollywood, California

Don Alvarado
Joan Bennett
Fannie Brice
Charles Chaplin
Dolores del Río
Douglas Fairbanks
Lillian Gish
John Holland
Chester Morris
Mary Pickford
Harry Riehman
Gilbert Roland
Gloria Swanson
Norma Talmadge
Constance Talmadge
Lupe Vélez
Louis Wolheim

Edwin Carewe Productions, Tec - Art Studios, Hollywood, California

Roland Drew
Le Roy Mason
Rita Carewe

Hal Roach Studios, Culver City, California

Charles Chase
Oliver Hardy
Harry Langdon
Stan Laurel
Our Gang
Thelma Todd

OXILON

VENTA EN TODA
BUENA PERFUME-
RÍA Y FARMACIA

lo es por la insuficiencia de proyecciones estimables que nos muestren lo que una nueva faceta del arte pueda realizar.

Mas prejuzgando su situación actual con sujeción hasta lo hoy día estrenado enjuiciaremos, haciendo en primer término una escisión primordial, en la que el primer aspecto abarca las películas que podríamos denominar «con ruidos» y el segundo en el que encontramos el verdadero concepto del cine sonoro. Lo primero resulta de un efecto inarmónico, desagradable, molesto, al reducirse a una música monótona y aburrida que anonada el oído por su pertinaz insistencia desde el primer título hasta el beso epílogo. Las cintas producidas en estas circunstancias salen perjudicadas con su retumbante propaganda de «sonoros» y serían unas agradables proyecciones silentes. Y hay que advertir que las más de las películas sonoras pertenecen a esta primera clasificación.

El segundo conjunto comprende las películas habladas, cantadas y musicadas. Estas cintas cuando se hallan perfectamente logradas resultan prodigiosas, mas para ello requieren diálogo corto — lo contrario es enojoso, caso del que se abusa excesivamente en los parlamentos ingleses — claro es que para nosotros el ideal de este diálogo sería la expresión en español, pero en un español puro sin ningún género de mixtificaciones. Requieren así mismo canciones fotográficas de sabor agradable, dulce, sin estridencias, aunado a una música cinematográfica como tal adecuada a la situación y planos con ritmo sensible breve y estético y añadiendo

a estas visualidades positivas un argumento en el que no prevalezca de modo excesivo y abrumador el tan conocido y repetido cuadro de revista sonora; indudablemente resultará una obra de arte al mi tifilar en un radio de operetas, revistas y músicas cinematografiadas, un campo de horizontes más dilatados que el comedido espacio ceñido por unos bastidores.

Indiscutiblemente que el arte sonoro de la pantalla en sus albores primitivos no puede producir el esfuerzo titánico de un *Amanecer, Ben-Hur*; mas sin llegar a tan alto nivel ha logrado bellas producciones como *Un plato a la americana*, *La canción de París*, *La canción del día*, y destacando de todas ellas *El desfile del amor*, que marca con jalones visibles las líneas que nos forjamos en párrafos anteriores, modalidad que en su novación señala un nuevo Amanecer en el dilatado panorama del arte proyectado.

Concretando brevemente diremos que el cine sonoro es una realidad, más bien una realidad futura que absorbe todo un porvenir.

37. — *Enamorada de Charles*, contesta a Tristón, aceptando su proposición de sostener correspondencia con lectora joven de FILMS SELECTOS.

Tengo mis razones para ocultar mi verdadera personalidad, así que si Tristón acepta, puede escribirme a las señas que le mando.

Magda Peñafort, Calle Taulera, Son Servera, Mallorca.

se evitan y curan rápidamente usando

TÓPICO MIRET Venta en Farmacias y

LABORATORIOS MIRET - Diputación, 205 - BARCELONA

SABAÑONES

Ramón Novarro

UN CROQUIS AL VUELO

SIR Galahad armado de una guitarra. Un trovador de romance..., pero no tan santo como lo pintan. Siempre le queda chico el sombrero. Jamás envía tarjetas postales. Por poco llegó a ser general mejicano.

Su verdadero nombre es Samaniegos. Rex Ingram lo bautizó de Novarro, porque no podía pronunciar Samaniegos. Fué mozo de comedor en un restaurante automático de Nueva York. Fué acomodador en un teatro. Se afeita él mismo, y aborrece peluquerías y peluqueros. Ignora el número de su propio teléfono. Hace que se lo cambien cada semana, en desquite a los disgustos que esto le ocasiona. Nunca ha deseado ser monje, a despecho de los rumores que han corrido. El mismo guío su carroza en la sensacional carrera de «Ben-Hur».

Acompaña sus palabras con vehementes movimientos de las manos. Jamás trae una moneda de diez céntimos o un cheque en el bolsillo. Sabe más de arte culinario que muchos cocineros. Duerme en un lecho antiguo, con la cabeza en el sitio en que el resto de los mortales colocamos los pies. Le deleitan las excursiones a Europa. Siempre regresa de ellas cargado de presentes para sus amigos. Este año adquirió el primer automóvil que ha poseído en su vida, y no sabe guiarlo. Le agradaría volar en aeroplano, pero su contrato se lo prohíbe.

No vive en Hollywood. Tiene catorce hermanos, entre mujeres y varones. Acostumbra rifar mil dólares entre la multitud de comparsas que forman el «ambiente» de sus escenas, cada vez que filma una película. ¿Servicio? Abunda quien le sirva. Aborrece los cafés cantantes porque acostumbraba cantar en ellos. Gusta de las meriendas campestres en las hosterías a orilla de los caminos reales. Tiene la fuerza y agilidad de un torero. Es aficionado al «tennis», la natación y los juegos atléticos. Presenció una partida de fútbol por primera vez en su vida durante la última temporada de juego, y dice que lo encuentra casi tan interesante como las corridas de toros. Ha actuado dos veces como director de sus propias películas, una en francés y otra en español. No ha estado nunca de novio. Usa lentes ahumados para viajar..., y no le sirven de nada para conservar su incógnito. Le encanta que le tomen fotografías. Siempre se le olvidan los guantes.

Novarro almuerza en bata de baño. Canta dúos en los camerinos con Lawrence Tibbett. No le gusta asistir a estrenos. Se entrega a su labor con vehemencia. Nunca deja de cantar en el co-



ro de la iglesia de San Vicente los domingos por la mañana. Le disgusta ir donde el dentista, tanto como esto disgusta al resto de la humanidad. Aborrece los zapatos gastados y la costumbre de las lavanderías de prender alfileres en las camisas. Tiene un teatro de su propiedad en su residencia. El té negro, dice, es el broche de oro que debe cerrar el capítulo de una deliciosa comida. No puede soportar las corbatas de bohemio.

Posee todos los discos fonográficos de Caruso. Su lema es «Honrarás a tu padre y madre»: sus padres, su familia, son los primeros para él en todas las cosas. Tiene dos hermanas en el convento de la Santa Orden, en España. Pasa la mayor parte del tiempo cantando al piano lo que se le viene a la cabeza en ese instante. Louis Graveure es su profesor de canto. Aprecia la crítica sincera. Aborrece las palmaditas en el hombro. Le deleita la radio. Le gustaría filmar «Ben-Hur» nuevamente, haciendo de ella una película hablada. Nunca ha trabajado para otra compañía que la Metro-Goldwyn-Mayer, donde principió su

carrera como comparsa. Habla español, inglés, francés, alemán e italiano.

Jamás supo del placer de una batalla con bolas de nieve o de la emoción de patinar en el hielo. Posee una prodigiosa memoria de rostros y nombres. Pasa sus momentos de ocio leyendo nombres y más nombres en el directorio telefónico. No usa reloj pulsera ni fuma pipa. Recibe una fabulosa cantidad de correspondencia y presentes de sus admiradores de las cinco partes del mundo. Detesta aparecer personalmente en la escena. Es modesto, pero no tímido. Busca sus amigos entre las clases ignoradas, mejor que entre las celebridades. Le gustan los baños de ducha.

Es un huésped encantador para el límitado círculo de sus amigos; siempre cortés, aun en sus momentos de mal humor. Nunca cambia de idea después de haber tomado una decisión, pero le agrada escuchar diferentes opiniones. Es supersticioso, como buen latino. Le encanta la alegría, la libertad y la gente que no habla de sí misma o de su última película. ¿Dónde encontrará Novarro esta clase de gente?

EL ENEMIGO SILENCIOSO

Producción Paramount, con prólogo hablado en español. Narración de Manuel Dueñas.

MUCHO antes de que Cristóbal Colón pensase en descubrir a América, los ojibwayos, tribu autóctona habitadora de la región septentrional de este continente, vivían ajenos a la civilización, en lucha permanente y desigual con la naturaleza, que así sabe mostrarse dócil y pródiga con el hombre al que las armas del progreso le permiten dominarla, como rebelde, hostil y hasta cruel con el salvaje cuyos no cultivado ingenio y rudimentarias industrias no alcanzan a tanto.

Apremiada por la necesidad de procurarse la caza que es base de su sustento, la tribu ojibwaya levanta sus carpas ora en la vecindad de las vírgenes y milenarias selvas, ya a orillas de uno de esos lagos ex-

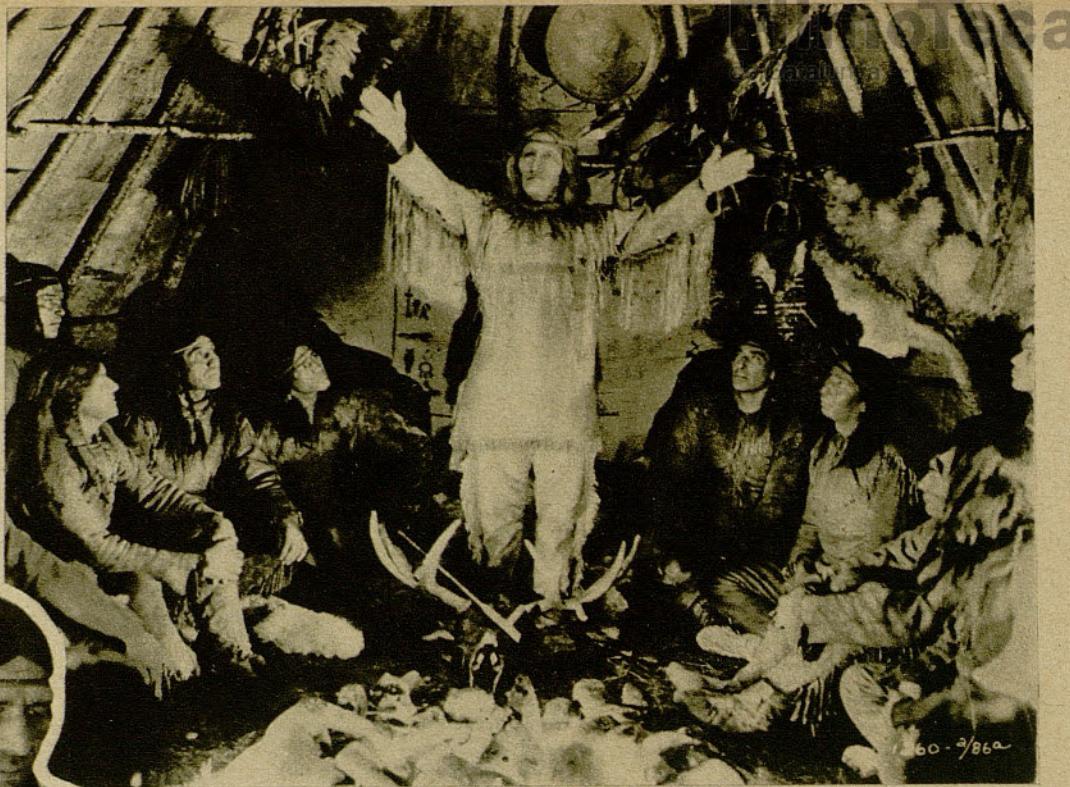


tensos como mares, bien en la margen de caudaloso río o en las nunca exploradas playas del Océano.

En la mañana de otoño en la que comienzan los sucesos que vamos a relatar, la tribu, acampanada cerca de un río, goza despidamente de la suave temperatura reinante. Los dos enemigos principales de su reposo, el frío y el hambre, parecen hallarse lejos todavía. Y como si la dulce inocencia de la estación los contagiara, los ojibwayos, dejando los cuidados de lo por venir a su anciano cacique Chetoga, gozan del hoy venturoso, sin curarse, ni tan siquiera acordarse, del incierto mañana.

No comparte Chetoga esa tranquilidad. Sabe que se acerca el invierno, ha advertido que la caza empieza a escasear; y la experiencia le enseña que tras el ciclo de prolongada abundancia suele llegar el año terrible de la escasez y el hambre.

Otros motivos de inquietud tienen además el prudente cacique. La rivalidad que de antiguo existía entre Baluk, el cazador más diestro y esforzado de la tribu, y Dagwan, el astuto hechicero de los ojibwayos, ha ido acentuándose a ojos vistos, hasta convertirse en



enemistad que amenaza la paz común.

Hay una causa para que el cazador y el hechicero se odien a muerte: ambos aspiran a casarse con Neewa, la hija del cacique. Baluk sabe que Dagwan, abusando de la credulidad de los ojibwayos, trata de concitar contra él los ánimos de la tribu. No se oculta a Dagwan que en la lucha en que están empeñados es su rival quien lleva la mejor parte, porque Neewa lo prefiere y el cacique lo distingue.

Con estos antecedentes, no ha de extrañarse que el consejo reunido por Chetoga sea para ambos hombres campo de batalla.

Durante casi toda una luna hemos cazado, sin matar más que un ciervo, hermanos míos — dice Baluk una vez que el cacique, después de haber invocado a la Tierra, al



Cielo y a los Espíritus que rigen los Cuatro Vientos, da la señal para que cada hombre manifieste su parecer. — Hay que buscar nuevos campos de caza.

— ¿Quién dijo que hemos de buscar nuevos campos de caza? — arguye Dagwan —. ¡Yo he encontrado cacería de sobra en estos contornos! A un cazador diestro le bastará alejarse media jornada para volver con carne para todos.

Va Baluk a recoger la alusión, cuando el cacique, imponiendo a todos silencio con un ademán, habla en estos términos:

— Hemos disfrutado de seis años de abundancia. Recordad que nuestros antepasados sufrían hambres al séptimo año... Iréis ahora a las selvas del Sur, de las que volveréis con provisión de carne antes de la llegada del Gran Frio. Baluk os reunirá al amanecer.

[Ha triunfado el cazador!]

En tanto que devora en silencio su derrota, Dagwan forja planes de venganza, piensa en el día en que, después de haber humillado definitivamente a su rival, pedirá a Neewa en matrimonio y el cacique no se atreverá a desairarlo...



de aquí — exclama arrojando su falso trofeo a los pies del cacique —. Mis mujeres tienen mucho que hacer y yo no puedo ayudarlas si he de cazar para alimentarlos — agrega en seguida —. Necesito otra mujer que sea joven y fuerte.

Calla Chetoga, pasea la mirada en torno suyo, asomale a los labios una sonrisa en la que el hechicero cree ver el anuncio de que sus pretensiones recibirán una acogida favorable...

— Me has dicho que necesitas otra mujer — dice al cabo a su interlocutor el anciano Chetoga —. Elige de aquellas tres la que más te guste.

Mira el hechicero hacia el sitio que le señalan, y ve, lleno de sorda cólera, tres mujeres, las más feas de que puede enorgullecerse la tribu de los ojibwayos.

[Ha perdido por segunda vez! Baluk, el odiado Baluk, sigue disfrutando de la estimación del cacique y del afecto de Neewa...]

— No es posible esperar más, hermanos. Toda la tribu debe huir de esta tierra que azota el hambre. A muchos mocasines de aquí, hacia el Norte, queda la región por la que pasan los renos. ¡Tenemos que llegar allá antes que ellos!

Así habla Baluk ante el consejo que se ha reunido para oír lo que dicen, después de su infructuosa expedición a las selvas del Sur, los cazadores. Dagwan le lanza una mirada de desprecio, se dispone a levantarse para repetir una vez más que la caza

(Continúa en la página 22)



ANQUE hace ya varios días que partieron, ninguna noticia hay aún de los cazadores que acudilla Baluk. Entre tanto, las provisiones van escaseando, la caza disminuye. Las ráfagas del keewatin, el temido viento del Norte, anuncian que el invierno anticipará este año su llegada... Y una mañana en que la última bandada de ánsares fugitivos que vuelan en dirección al mediodía se ha desvanecido en el plomizo cielo, llega súbitamente el Gran Frio a enseñorearse de la selva.

— Nuestros famosos cazadores nos han olvidado según parece — dice Dagwan a uno de los pocos indios que con las mujeres, los niños y el anciano cacique han quedado en el campamento.

— ¡Tendré que echarme al campo!

Y uniendo la acción a la palabra, alejase, para regresar a poco, con una res que arrebató a dos indias que la habían cazado.

— Ahí tienes la prueba de que no me erguía al decirte que no hacia falta que Baluk fuera a cazar lejos

ILUSIONES Y VERDADERAS

DEDICAMOS estas dos fotografías a esos jóvenes que sueñan con ir a Hollywood para seguir el camino trazado por Douglas, por Mary, por Greta Garbo, por John Gilbert...

Ese camino no es tan llano como la mayoría de los soñadores se imaginan. Es un sendero estrecho, en pendiente, lleno de riscos y obstáculos capaces de rendir al mejor templado espíritu y de doblegar la vocación más firme.

Ved en una de las fotos la larga fila que forma una heterogénea multitud en la acera de una calle. Es la fila de aspirantes a «extras» que esperan pacientemente ante la puerta de un *studio*. Son acaso las doce de la mañana y están ahí desde las nueve. A la hora de comer se marcharán y volverán luego para formar otra vez la cola. «Pero entrarán al fin» diréis. Pues bien, lo más probable es que no entren.

Sólo una vez de cada cien estos aspirantes a artista ten-

drán la suerte de esperar un día en que el *studio* necesite gente. Entonces los van haciendo pasar por orden. Los prueban. Y de cada diez que entran vuelven a salir nueve. La cámara y el micrófono tienen insospechadas exigencias. Esos nueve no volverán a formar probablemente en las colas de los *studios*. El desencanto es demasiado grande para que la voluntad le haga frente. «Pero ahí están los admitidos», repliqueis. En efecto, ahí, en la segunda foto, hay un buen puñado de muchachas que han triunfado en la prueba.

Están preparándose para filmar. Algunas han terminado ya su tocado; otras se maquillan y visten aún. En montón han esperado a la puerta del *studio*; en montón se visten y se pintan; en montón desfilarán ante la cámara.

Y de ese conjunto, de esas doscientas que han triunfado entre dos mil, sólo una tendrá condiciones o suerte para atraer la atención del director o del empresario. Y esa una se quedará para seguir luchando, y las demás volverán a las calles de Hollywood a formar en las colas de los *studios*, en una espera que poco a poco irá ensombreciendo sus ilusiones.

Verdad es que Greta Garbo empezó así. Pero al pensar en esto, soñadores, no olvidéis que alrededor de este triunfo el destino ha tejido cien mil fracasos.



Música y Ruido

por MARÍA LUZ MORALES

DON JUAN. — Bueno, amigo don Luis; le supongo ya rendido y pidiendo merced frente al triunfo rotundo del cine sonoro, del cual hace un año se declaró enemigo acérrimo.

DON LUIS. — Si. No quiero, en este caso, ser neciamente obstinado. Confieso mi derrota. Hace un año creí que el cine hablado y sonoro era sólo un ensayo pasajero, una nueva aplicación de la ciencia a la proyección animada, estimable, si, pero no digna de apreciarse como definitiva conquista. Hoy — ¡son tan breves y tan largos doce meses cinematográficos; caben en ellos tantas imágenes móviles! — hoy me rindo casi sin condiciones.

DON JUAN. — ¿Podrían saberse las causas de ese cambio tan radical?

DON LUIS. — Apenas es preciso explicarlas. Nada tan claro, tan convincente, como el resplandor, como el acento de la realidad. La sonoridad — música o palabra — registrada, impresa, en la banda de celuloidz, por medio de la luz (lo demás sí son mixtificaciones, tantos), al mismo tiempo que la imagen, es un paso de gigante en el avance constante y vertiginoso del cine. Y como usted, don Juan, dijo un día, muy acertadamente, el cine es algo que no puede volver atrás, ni aun detenerse. El más ignorante en técnica cinematográfica sabe que, en la proyección, cuando la cinta se para, se quema... La cinematografía ha emprendido carrera en el mundo del sonido, de la armonía, de la palabra..., y ya no hay quien la detenga sin peligro de incendio. Ello no es elucubración vana, ni caprichosa teoría; es una realidad y, nos guste o no, no hay más remedio que rendirse.

DON JUAN. — ¡Vaya! ¡No sabe usted cuánto me alegra de que sea usted uno de los nuestros..., un incondicional!...

DON LUIS. — ¡Oh, no, amigo! Eso no... Todavía no tanto... Creo firmemente que el cine, al adueñarse de la palabra, al entrar en los dominios de la música, ha dado el paso más decisivo de su vida, después de aquel paso inicial en que la sombra inquirió vida, movilidad la imagen... Me he estremecido de emoción escuchando a los «Cosacos del Don» en una admirable cinta de ambiente ruso..., y casi he llorado de gozo al oír y entender una producción hablada en nuestra lengua. Pero, con todo esto, aun no soy un incondicional. Aun me sacan de mis casillas algunas cosas del llamado cine sonoro...

DON JUAN. — Por ejemplo...

DON LUIS. — Por ejemplo, las producciones que se filmaron mudas y después se han resincronizado con acompañamiento de disco... ¿Qué ventaja se saca de este acompañamiento? ¿Qué va ganando con él el público? La cinta, en sí, continúa presentando todas las características — ¡para mí admirables! — del cine silencioso con sus forzadas limitaciones y sus espléndidas ilimitaciones; unos letreros más o menos correctos, más o menos pretenciosos, nos ponen en antecedentes del asunto y nos relatan lo que entre sí hablan los intérpretes..., y una musiquilla ratonera, compuesta de trozos escogidos... entre lo más cursi del repertorio, y con todos los inevitables inconvenientes de la música mecánica, acompaña a esto. De cuando en cuan- (Continúa en la pág. 22)

Filmoteca
de Catalunya

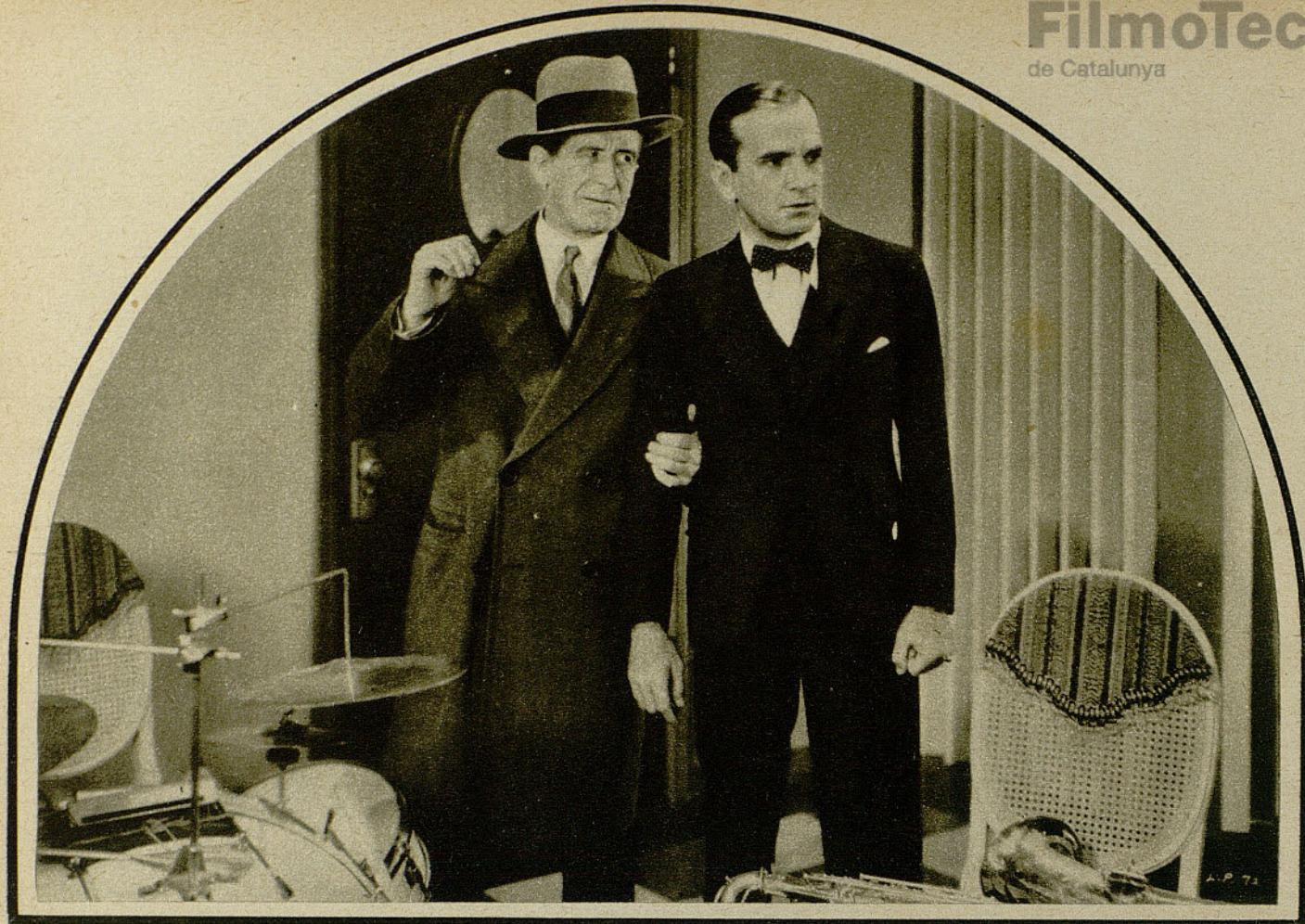


MARION DAVIES
de la M. + G. - M. con
un moderno y origi-
nal pijama



MARION DAVIES
de la M. - G. - M., con
elegante y rico ves-
tido de soirée





CANTARÉ PARA TI

Comedia sentimental, interpretada por Al. Jolson, Davey Lee, Marion Nixon, Holmes Herbert, etc., etc.

JOE Jolane, ex boxeador, compositor de canciones y artista de la Radio, está casado con Catalina y tiene un hijito al que llama «nuestro amiguito». Joe trabaja para su familia y tiene un amigo, Philips, quien le ayuda porque le gusta Catalina...

Joe y su mujer tienen frecuentes disgustos, pero el cariño al pequeño evita que se separen. Después de una de tantas discusiones, Catalina hace saber a Joe que Philips se ha propasado con ella. Joe y Philips riñen y Joe, más fuerte, derriba a su rival, que resulta muerto, no ya por el puñetazo, sino por un golpe que recibe al caer...

Y Joe es detenido, procesado y encarcelado, dando la Radio la noticia del suceso y de sus consecuencias. Catalina se entera de todo por ese medio y también se entera el niño...

Joe es condenado, no obstante la declaración sincera de su propio hijo, que el Tribunal no toma en consideración. Catalina, al verse sola y sin amparo, mete al niño en un colegio y ella entra, como enfermera, en casa del famoso cirujano doctor Mavill...

Hasta la cárcel le llega a Joe la noticia de la determinación tomada por su mujer. Cuando Catalina va a visitarle, él finge dudar de su fidelidad a fin de tener un motivo para entablar el divorcio y que ella deje de ser la esposa de un presidiario.

Así las cosas, el día de Navidad, el doctor dice a Catalina que si quería casarse con él, pero cuando ella duda sobre la respuesta que ha de dar, la Radio trasmite una canción cantada por Joe desde la cárcel, y el niño, al reconocer a su padre por la voz, se muestra tan contento y tan apenado, a la vez, que Catalina reconoce que no podrá nunca separarse del padre de aquel hijo, al que tanto quiere.

Al recobrar la libertad Joe se encamina a la escuela a que va su hijito, pues está impaciente por verle, y cuando sale

el pequeño le sigue, teniendo la desgracia de ver como, al atravesar una calle, es alcanzado por un carruaje, resultando herido y conmocionado. Joe recoge al niño y lo lleva al puesto sanitario más próximo, donde oye que si cura quedará mudo y sin poder andar. Los médicos le aconsejan que lleve el niño al doctor Mavill, el gran especialista.

Joe lo hace así, y el doctor le dice que es posible que una operación cure al niño, y se ofrece para realizarla, con la condición de que devuelva el niño a su madre o de lo contrario le abone la cantidad de cinco mil dólares. Joe, creyéndose, de verdad, olvidado por Catalina, se resiste a entregarle al pequeño y así pasa toda la noche, luchando con los más encontrados sentimientos y deseos. Por fin, al día siguiente se decide a ir a ver al doctor y a pedir perdón a su mujer.

La operación se realiza y tiene éxito parcial, pues el niño podrá andar, pero hablar, no.

El doctor cree que, tal vez, le devuelva la voz una emoción cualquiera.

Y la impresión llega y surte su efecto salutífero. Una noche la madre pone en el gramófono un disco de Joe; el niño al oírlo cree que es que su padre ha regresado y sueña con él, teniendo una gran desilusión al abrir los ojos y ver que no está a su lado, como suponía...

No es entonces cuando cura el niño, naturalmente, lo que hace a Joe perder toda esperanza y decidirle a abandonar aquella casa, en la que no espera encontrar la felicidad.

Mas no quiere partir sin dar un beso a su hijo, quien, al sentir un contacto de unos labios, abre los ojos de nuevo, ve a su padre, y de la alegría, de la emoción, recobra la voz, como predijo el médico.

Y Joe reanuda su vida de trabajo honrado, alentado por nuevos bríos, alcanzando éxito como cantante, figurando entre sus más entusiastas radioescuchas, Catalina y el niño, «nuestro amiguito», como le llamaba Joe.

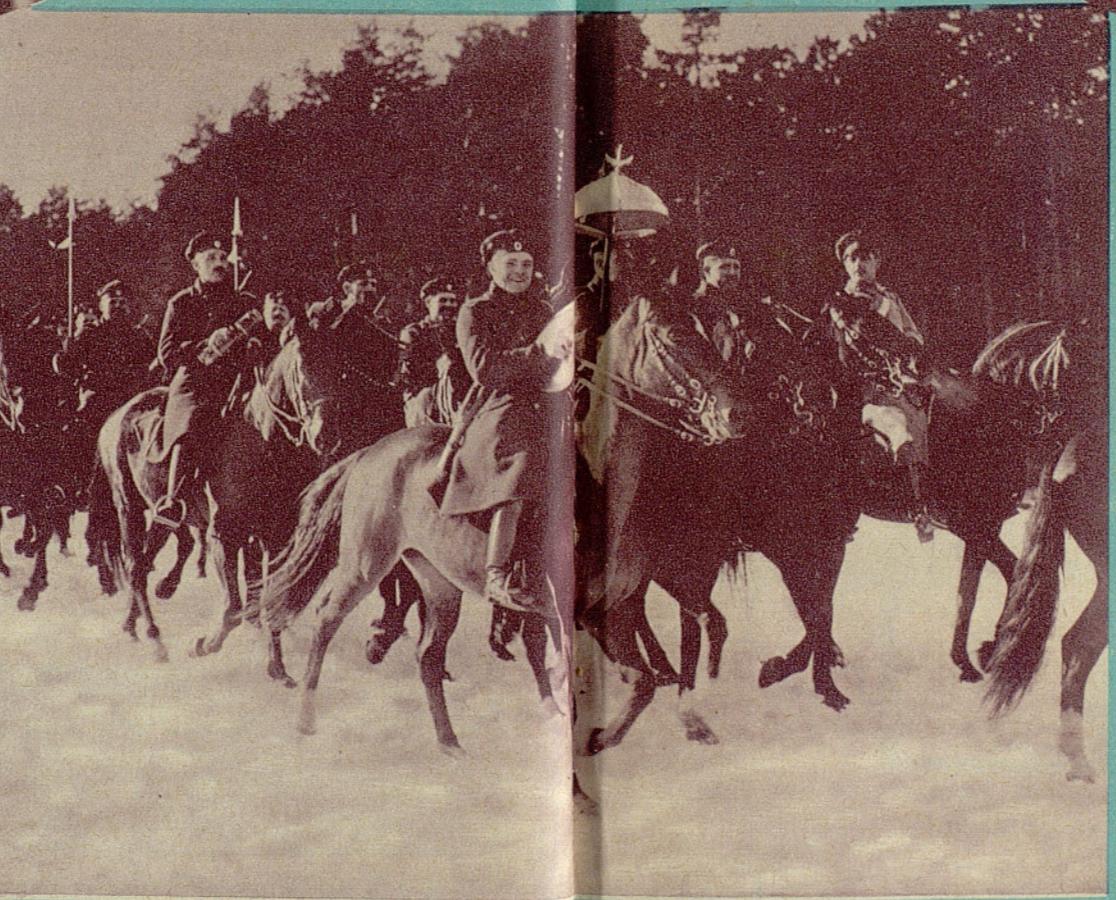
*El cine y
la Moda*

Para hacer su tocado lleva Mary Brian una bellísima bata de seda con estampaciones del mismo color del tejido pero de un tono más oscuro. A la derecha de estas líneas Joan Crawford presenta un elegantísimo vestido para soirée hecho de crep satén negro.



La muchacha del Volga

Varias escenas de esta interesante película cuyos protagonistas son los admirados actores EVE LYN HOLT e IGO SIM.





BONITA Y GRACIOSA

Perfecta y simpatiquísima caracterización de la estrella de la Paramount
Jean Arthur en la realización cinematográfica de la conocida
novela de J. M. Barrie «Peter Pan».



Lillian Roth estrella de la Paramount

Jacinto Guerrero

por Fray Can

JACINTO GUERRERO ha sido quizás el primer compositor español que vió inmediatamente las posibilidades del cine sonoro en lo que respecta al género lírico. La revista, la opereta, el número de zarzuela, con su color de folklore en lo musical y en lo plástico, han hecho ya sus primeras armas en el cine sonoro. Ahora mismo se acaba de inaugurar en Madrid un nuevo salón cinematográfico con una película — «Galas de la Paramount» — por donde desfilan esos elementos plásticos y musicales a que hacemos alusión.

Jacinto Guerrero, que acaba de retornar de una excursión triunfal por la Argentina y el Uruguay, responde a mis preguntas sobre el cine poniendo en sus razones el mismo calor que si se tratase de una cuestión puramente teatral. Es hombre sin limitaciones. No cree que el cine sea enemigo del teatro. No ve peligrosas competencias. Intuye que en el teatro o en el cine sonoro o en cualquier otra actividad, él puede desarrollar igualmente sus iniciativas.

— ¿Quedaste satisfecho de tu película sonora «La canción del día», maestro?

— Desde el punto de vista del éxito de público, sí. «La canción del día», cuyo argumento era de Muñoz Seca y Pérez Fernández, se representó durante más de dos meses seguidos en Madrid.

— Y este verano — completo yo — no cantaban otra cosa las gramolas de las terrazas playeras. Es decir, sí: cantaban otra cosa además: «El desfile del amor». Chico, ¡qué «canastera» nos habéis dado entre el joven Chevalier y tú!

Jacinto Guerrero ríe; él tiene la risa apercibida siempre. Es la salud de su espíritu.

— Como te digo — prosigue el popular autor de «La montería» —, quedé más que satisfecho del éxito de público; pero no desde el punto de vista de mis ambiciones artísticas. No. Aquella película se hizo de prisa y con improvisaciones que el cine no admite. Hay que competir dignamente. El cine es una industria que ha alcanzado tal auge y perfección, que no se puede hacer la competencia a base de improvisaciones. Hay que organizar la industria española de cine con toda seriedad.

CHARLAMOS en la mesa de un restaurante madrileño. Madrugada. La gente del teatro viene a reparar sus fuerzas después de la función... Esa función del cómico español que empieza a las dos de la tarde con los ensayos, se empalma con la función de las seis y media y acaba por ligar con la función nocturna. ¡Tal es la jornada diaria de los artistas del teatro español!

— Mira — me dice Guerrero —, ahí tienes una actriz española que acaba de ganarse cuarenta mil duros trabajando en París para el cine sonoro. Han sido los meses del verano nada más. Muy poco trabajo cada día. ¿Cuándo iba a ganar ella, que no es primera actriz ni empresaria, esa cantidad con el teatro?

— Entonces, ¿tú crees que este es el momento del cine sonoro?

— Desde luego. Pero sin mengua del teatro. El teatro puede prestarle elementos al cine. Pero el cine no debe ir al



teatro. Porque en el cine no es necesaria la unidad de acción, de escenarios... Pero insisto: es urgente organizar nuestra industria cinematográfica. Es nuestro momento. ¿Sabes cuántos millones de pesetas gastamos al año en películas norteamericanas?

— ¿Cuántas, maestro?

— Casi cien millones, al cambio que está el dólar. Quizá no hayan pensado en esto los que estudian los motivos de la baja de la peseta. Pues ahí tienen un buen renglón que se podía quedar en casa. Sin contar con los millones que pueden entrar a España con el producto de nuestras películas circulando por todos los países de habla española. ¡El segundo mercado de norteamérica para sus películas! Pero hay más...

— Dime...

— Nos están despojando de nuestros artistas; y hasta de nuestros tesoros regionales: la cosa de folklore, la subsistencia racial de España. Porque la cuestión es bien clara. Como el mercado demanda asuntos españoles, en música y en colorido, los yanquis están haciendo películas a base de nativos españoles. Y como es lógico, dan una España desnaturalizada. Una España mal traducida. Y esa España mal traducida, la hemos de pagar — ¡es el colmo! — nosotros los españoles. ¡Hemos de pagar para que nos enseñen una España que no es!

JACINTO GUERRERO se apodera de un número de FILMS SELECTOS que acabamos de comprar al «ce- (Continúa en la página 22.)

¡Chevalier! ¡Chevalier!

MARCHA

por el Maestro Jacinto Guerrero

Tiempo
de
marcha.

1910



Una escena de la batalla entre indios y exploradores de Oeste de la grandiosa producción épica de Raoul Walsh «Horizontes nuevos» que la Fox nos presentará durante esta temporada en versión española.

IMPRESIONANDO PELÍCULAS

LA SAGACIDAD DEL INDIO PARA LOS NEGOCIOS

TRADICIONAL era la ingenuidad del indio en los negocios y la facilidad con que se le engañaba en cualquier asunto mercantil. Un ejemplo palpable de ello es el negocio que hicieron con la venta de la isla Manhattan por unas chucherías sin ningún valor.

Los tiempos han cambiado y los indios también. Los que están en la estación de Alburquerque, por ejemplo, esos indios de Santa Fe que importan abalorios de Brooklyn a Nueva Méjico, comercian con ellos como el más ladino de los judíos. Y las patrullas de los que van a comprar las mantas de los indios navajos también pueden testimoniar que ya no son los ingenuos de pasadas centurias. Y los indios Pintos, de Nevada y del Este de California, recorriendo en sus Fords y sus Chevrolets el territorio para vender sus mercancías, con evidente muestra del adelanto que ha hecho el indio en el terreno comercial.

Raoul Walsh pudo darse perfectamente cuenta de ello cuando hizo una tournée por Wyoming e Idaho, en busca de indios para su gran producción épica «Horizontes nuevos». Llevaba de ayudante a Paul Padgen, que había sido durante muchos años ranchero en el país y que conoce siete dialectos indios. Padgen era tan conocido entre las tribus de Shoshones, Crows, Blackfeet, Cheyennes y Arapahoes, que le habían bautizado ya con el nombre de «Nube Voladora».

Walsh necesitaba indios fuertes, espectaculares, que supiesen montar bien; bravos y hermosos tipos de su raza. Deseaba reconstruir una gran batalla entre indios y exploradores, y no quería encontrarse con indios endebles y torpes.

El Gobierno dió permiso para que se entablasesen las negociaciones después de haber determinado las garantías necesarias de que los indios volverían a sus respectivas tribus. Al mencionar el asunto monetario, los indios parecieron ofendidos. Walsh se asombró, pero Padgen le dijo que no se impacientase, que los indios necesitaban tiempo para pensar y medir la proposición que les hacían y cuanto más tiempo necesitasen para pensar, mayor sería la suma que luego pe-

dirían. Sin embargo, las negociaciones se hicieron sin que se hablase más del asunto.

El viaje fué muy difícil pues era necesario pasar por caminos que apenas son transitables al finalizar el verano, cuando ya el hielo está completamente derretido, y ahora empeza a apenas la primavera. Los indios Blackfeet estaban en Fort Hall, al noroeste de Pocatello, a ciento setenta y cinco millas aproximadamente de Moran. Los Arapahoes estaban en Lander, a noventa millas de Moran. Los Cheyennes también se encontraban allí. Los Crows los proporcionó la Agencia de Lodge Grass, Montana. Representaba esto viajar en automóvil miles de millas por caminos penosos.

Las transacciones fueron las mismas en todas partes. Walsh y Padgen, por medio de un intérprete, les hacían sus proposiciones, y muchas veces podían tratar directamente con los jefes, pues éstos hablaban correctamente el inglés. El jefe de los Arapahoes se llamaba Sam Wolf Range; el de los Crows, Plenty Coors; el de los Cheyennes, White Horse; el de los Shoshones, Rising Buffalo.

Se convino, por fin, que los indios llevarían sus tepees, sus utensilios de cocina, sus ropas, todo su equipo incluyendo a sus mujeres, sus hijos y sus perros. Todos se trasladarían en autobuses dispuestos al efecto, en grupos de cincuenta, a Wyoming e Idaho.

Quedó convenido que a cada uno se le darian unas libras de harina, café, azúcar, sal, etcétera, etcétera, diariamente.

Las mujeres se encargaban de la matanza de novillos. Hacían también una mezcla de mantequilla y harina que cocían en un fuego hecho con grasas. Hervían el buey en grandes calderas. Como un lujo especial, como una gran golosina, los indios pedían melocotones, peras y otras frutas. Era para ellos la última palabra en asunto comestible.

Hal G. Evarts, un sabio en la historia del Oeste y autor del argumento de «Horizontes nuevos», aseguró a Walsh que todos aquellos indios eran verdaderamente espectaculares. Muchos de ellos median seis pies de altura y todos eran amantes del adorno de plumas y de los colores chillones. Señaló, sin embargo, que en su indumentaria actual habían añadido enorme cantidad de abalorios, resultado de la influencia de Buffalo Bill. En 1830 los abalorios eran desconocidos absolutamente por los indios.

Se encargó gran cantidad de piel de ante, con la que se hicieron vestidos a los indios según la «moda» de 1830. En color marrón para los Blackfeet, Arapahoes y Shoshones, y blanco para los Crows.



En 1830, cuando la caza de animales de piel estimada estaba en todo su auge y los indios estaban en completo estado salvaje, las tribus más numerosas eran las de los Crows y Blackfeet. Ocupaban casi todo el país desde el nacimiento del Missouri. Eran de cuarenta a cincuenta mil. Cuando encontraban otras tribus dedicadas a la caza del búfalo, o a otras actividades, fácilmente se deshacían de ellas.

Los Crows vivían en el nacimiento del Yellowstone, no lejos del lugar destinado en la película al desarrollo de las escenas guerreras entre indios y exploradores. Los Arapahoes estaban esparcidos en las Rocallosas, algunos llegaban hasta el sur del Gran Cañón y otros en el centro de California. Los Shoshones acampaban al norte del Gran Lago Salado, en Oregon. Estas tribus tuvieron frecuentes encuentros con los primitivos exploradores de la región.

Desde entonces estas tribus no han tenido nada mejor que hacer que recordar la época heroica de sus antepasados, por los que sienten un verdadero culto.

Alguna vez se reunen para alguna conferencia, pero secretamente siguen sintiendo las mismas rivalidades entre ellas, idénticos resquemores que subsisten tenaces y fuertes como el feudalismo de Kentucky.

Evarts, que conoce bien la psicología india, le dijo al director Walsh que sería una bella escena el momento en que los indios, equipados con sus nuevos indumentos, montasen a caballo para su representación ante la cámara. Cada uno trataría de sobrepasar al otro. También anuncio que en las escenas guerreras los indios pondrían todo su empeño en no dejarse sobreponer en valor y fuerza por los de las otras tribus. En ambas cosas tuvo Evarts razón.

Cuando los indios estuvieron congregados en el campo, Paul Padgen y algunos de sus ayudantes se encargaron de actuar como árbitros en las contiendas y evitar hostilidades y peleas cuando la cámara no estaba en acción.

Llegó el momento de distribuir los vestidos correctos que pedían la fidelidad histórica y el verismo que exige siempre en todas sus producciones Raoul Walsh. Al principio todo eran objeciones. Sus vestidos actuales eran más decorativos con sus recamados de abalorios.

Finalmente, con ayuda de intérpretes, pues el indio cuando trata con un hombre blanco tiene el supremo argumento del «no sabe», pudo persuadirse de que sus distinguidos y jamás olvidados antecesores llevaban los trajes hechos simplemente con piel de ante.

Raoul Walsh mostrando el funcionamiento del micrófono a tres jefes indios que al mando de un ejército de 500 hombres de su raza tomará parte en la reproducción de la sangrienta batalla de Jackson Hole durante la filmación de «Horizontes nuevos».

Padgen insistía en que todo estaba ya históricamente correcto. Pero aquí fué donde él se equivocó, donde cometió un error de táctica. Olvidó la hábil malicia comercial de los indios que se apresuraron a demostrar que sus cascos adornados con plumas de pavo eran absolutamente falsos, pues ni sus tatarabuelos, ni sus abuelos, ni siquiera sus padres habían usado plumas de pavo en la cabeza. Llevaban únicamente plumas de águila. Todas las tribus asentían en lo mismo y afirmaban que no trabajarian hasta tener plumas de águila.

Walsh y sus ayudantes se reunieron para conferenciar acerca del asunto. Padgen sugirió la idea de que se empleasen las plumas de águila que los indios habían traído consigo en sus cascos de gala.

Pero los indios afirmaban que no tenían plumas de águila y que sin ellas no actuarían ante la cámara. El conflicto era grave. No resultaba sencillo obtener rápidamente las tales plumas. Los indios las lograban tras muchos años de paciencia. Cogían primero los huevos de los nidos y los hacían empollar por sus aves domésticas y luego criaban a los pájaros enjaulados hasta que alcanzaban todo su desarrollo y suministraban las estimadas plumas de sus colas.

En este conflicto las tribus indias demostraron que en ciertas ocasiones saben olvidar sus ancestrales rivalidades y unirse para realizar un buen negocio.

Rising Buffalo y Sam Wolf Range dijeron a Walsh que sabían que dos mujeres indias tenían abundante stock de plumas de águila y que quizás se decidirían a venderlas si les ofrecían un buen precio.

Ben Wurtzel, el cajero, se entrevistó con las mujeres. Sí, tenían ciertamente plumas abundantes para satisfacer la demanda necesaria (todas las que habían recogido de los cascos de gala de todas las tribus); pero pedían por ellas una suma enorme. Ben discutió el precio. Las mujeres no se dejaron vencer. Sólo el departamento de contabilidad de la Fox Film Corporation sabe lo que le costó aquella transacción india.

Wurtzel comentó el caso con esta frase sencilla:

«Los indios que vendieron Manhattan fueron una cuadrilla de bobos, pero a estos indios actuales ya no nos queda nada que enseñarles en estrategias comerciales.»

MUSICA Y RUIDO

(Continuación de la página 9)

do se escucha algún ruido significativo, incorporado a la acción; un zumbido si pasa un aeroplano, el pitido de la locomotora si vemos un tren; el golpear de unos nudillos — esto es lo más frecuente, lo casi obligado — al llamar a una puerta. Este llamar a las puertas con los nudillos, es, en algunas cintas, lo que basta para llamarlas sonoras.

DON JUAN. — ¿Y a usted le parece mal?

DON LUIS. — Ahora, francamente, sí. Al principio podía pasar, pero... ya hemos dicho que el cinematógrafo anda muy de prisa. A estas alturas, todo esto resulta de una puerilidad inadmisible, desprovista de todo valor estético. Y el acompañamiento de la proyección saldría ganando si en vez de discos, fuese música «fresca», personal, directa... Aun suponiendo algo que siempre nos ha parecido norma excelente: la de que a cada cinta importante corresponda música determinada, con tener cada película su partitura, estaría el problema resuelto. Recordemos en este sistema las

partituras de «Ben-Hur», de los «Nibelungos», de «Los Diez Mandamientos»...

DON JUAN. — Sin embargo, la verdadera cinta sonora...

DON LUIS. — De esa nada tengo ya que decir, si no es que me parece admirable. Pero es lamentable que se confunda con la otra, con la mixtificada... ¿A qué esa superchería, cuando una película simplemente muda puede resultar magnífica? El calificativo de sonora no debiera prodigarse tanto... Y aun, de hacerse así, debería, lealmente, especificarse si se trata de película hablada, musical..., o con ruido de nudillos en la puerta de madera.

MARÍA LUZ MORALES

JACINTO GUERRERO

(Continuación de la página 17)

rillero» que entra en el restaurante con los periódicos.

— Aquí tienes el ejemplo — me dice el maestro Guerrero —. El periodismo se ha anticipado a los editores de películas españolas. Les ha mostrado el camino. Esta revista cinematográfica, ver-

bigracia, está a la altura de cualquier revista cinematográfica extranjera. ¿Por qué la industria del cine no se encuentra en la misma relación?

— Pues es verdad, Jacinto.

— ¡Como que si es verdad! La curiosidad del público por las cosas del cine es evidente, puesto que prosperan publicaciones como ésta, dedicadas al cine exclusivamente. Quizás no me equivoque si auguro que estas revistas son las que van a estimular al capital español para que aporte al cine los millones necesarios; son los que van a hacer ver a los capitalistas de España, que están dejando perder un negocio fabuloso. También el Estado ha de estudiar con atención este asunto. Se gastan millones en propaganda de turismo. Empleada en el cine una parte de esos millones, darian espléndido fruto. Porque el cine es hoy, como el periódico, como el libro, como la revista gráfica, un gran vehículo de publicidad y propaganda. ¡El día que las bellezas regionales de España sean dadas a conocer dignamente en todo el mundo por medio del cine!

Semblanza total del maestro Guerrero: entusiasmo, actividad.

FRAY CAN



UN CUTIS DE PORCELANA

terso, fino, transparente, será la envidia de sus amigas; lo obtendrá EN EL ACTO de aplicarse un poco de

ESMALTE MILLAT

Pídalo en las perfumerías; lo hallará en tres calidades:

ESMALTE NORTEAMERICANO

Embellece instantáneamente, frasco 8 ptas.

ESMALTINA MILLAT

Combinación de esmalte y crema, frasco 10 ptas.

ESMALTE NILO-MILLAT

Producto de gran belleza, frasco grande para 3 meses, 12 ptas.

Envíando su importe en sellos a Especialidades MILLAT, Apartado núm. 541, Barcelona, lo recibirá certificado.

EL ENEMIGO SILENCIOSO

(Continuación de la página 7)

abunda en las cercanías, que sólo hacen falta hombres hábiles y esforzados que sepan aprovecharla. Pero un indio anciano se le anticipa:

— Por boca de Baluk habla la prudencia — dice —. De la garganta del Viento del Norte salen grandes rebaños de renos con los que hay para alimentar a veinte pueblos.

— Habéis oido a nuestro gran cazador — contesta Dagwan resuelto a no darse por vencido —. Os da discursos en vez de daros carne. ¡Es su costumbre! El hambre que tenéis necesita algo más que promesas. ¿Seréis capaces de seguir a Baluk al helado Norte? ¡Oíd lo que os digo! Si la tribu sufre, Baluk y sólo Baluk será el culpable. —

Tras la prolongada pausa que sigue a estas palabras, levántase Chetoga, de cuya determinación se halla pendiente el consejo.

— Os he escuchado a todos, hijos míos — dices con reposado acento —, y he resuelto lo que mejor conviene a todos. Recogeréis vuestras tiendas al amanecer y marcharemos hacia el Norte. —

Dagwan ha perdido por tercera vez. Y una vez más, con renovado odio, jura en su corazón venganza y muerte al aborrecido Baluk.

DESPUÉS de jornadas penosísimas en las que dejaron el camino sembrado de cadáveres, los ojibwayos hacen alto. Prestamente, animados por la última esperanza, desparrámanse los hombres a fin de armar trampas en las que acaso caiga alguna caza. Pero este recurso también les falla. Cada mañana corren a los lugares de los que confían regresar con alguna provisión de carne, y vuelven de ellos con las manos vacías, porque alguna de las fieras de la selva se les ha adelantado.

Por fin Dagwan descubre la causa de esto. Es el glotón, el temible enemigo al que los cazadores llaman el Diablo del Norte, el que así los burla.

— Baluk nos ha traído a una tierra en la que cazamos para el glotón — dice el hechicero a los hombres reunidos en consejo.

— ¿Dejaríais que el glotón, que no es más que un animal, os gane en astucia? — pregunta Baluk a los indios —. ¡Ya empezamos a encontrar caza! ¡Podremos sostenernos hasta llegar a la tierra del reno!

— Nuestro cacique irá a implorar en la soledad hasta que los espíritus malignos queden aplacados — dice Chetoga a tiempo que refrena a Baluk, que obedece al ademán del anciano cuya palabra es ley para todos, ahoga el deseo de contestar a Dagwan y se limita a decir a los allí reunidos:

— En tanto que Chetoga ayuna, caminaré hacia el Viento del Norte... ¡Y he de volver con mi tobogán cargado de carne!



El deseo de todo aficionado al Cine

es poseer las fotografías de todos los Artistas Cinematográficos conocidos. Vd. puede fácil y económicamente colecciónarlos comprando semanalmente **“LAS ESTRELLAS DEL CINE”**

8 ARTÍSTICAS POSTALES 30 CTS.

En cada colección regalamos un suplemento literario con las interesantes biografías de los 8 artistas publicados en la misma.

Están puestas a la venta las cuatro primeras colecciones y también un

Magnífico Álbum para 200 Postales: 2 Ptas.

En todas las papelerías y kioscos. Enviamos franco portes estas colecciones y Álbum remitiendo su importe en sellos de correo a Editorial Gráfica, Rambla Cataluña, 66 Barcelona

— ¡Rogaré al Gran Espíritu que me ilumine! — concluye Chetoga —. ¡Le rogaré que me manifieste su voluntad con una señal! La mañana y la tarde me verán inmóvil, saludando al sol. No volváis por mí hasta que no hayáis encontrado buena caza... —

EN la helada colina que azotan los vientos, la solitaria figura del cacique surge en la desolada inmensidad del Norte.

Mientras Chetoga implora el auxilio de los espíritus que rigen los elementos, Dagwan maquina contra Baluk.

Un depósito de provisiones, dejadas probablemente por alguna tribu que cruzó por esos parajes huyendo del invierno, brinda al hechicero la coyuntura que busca. Harto sabe que esas provisiones son sagradas, pero ¿por qué no ha de aparentar que el hallazgo se debe a una agradable milagrosa de Manitou, el espíritu que vela sobre los destinos de los ojibwayos?

(Concluidrá)

NUESTRO VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO

por
Mary Pickford

y
Douglas Fairbanks



(Continuación.)

liente de arroz que me fueron presentados, no decían nada a mi paladar, en cambio Douglas comía con manifiesta delicia y manipulaba los palillos con que se come el arroz, con la técnica de un viejo gastrónomo chino.

Mientras comíamos, se celebró en el mismo restaurante una boda china de la que fuimos testigos. Las mujeres invitadas, junto con sus niños ocupaban una habitación donde se entretenían degustando un plato muy raro, mientras que el novio y la parte masculina de la asamblea, estaban en otra habitación del hotel. Cuando yo le vi, el novio parecía muy abatido, y sus amigos bastante incomodados. Entonces, la novia no había aún llegado, pues la conducían por las calles en un espléndido pero muy mal ventilado coche de mano. Por Dios sabe qué razón, todas las novias deben dar una vuelta de dos horas, conducidas de este modo, después, el novio se oculta y la novia ha de encontrarlo. No vi este juego al escondite, pero de uno de los balcones, vi los fuegos artificiales que tan importante papel juegan en China en estas ceremonias. Nunca había visto nada semejante, el novio debía de ser muy rico, pues algunas de las tracas costaban 500 dólares cada una y el disparo de cohetes era tan intenso que iluminaban toda la calle durante media hora cada vez. Nuestros acompañantes ingleses, que residían en Hong-kong desde hace varios años, nos dijeron que nunca habían visto otra exhibición de esta clase de más espectáculo.

La novia parecía muy dulce y modesta, y a pesar del aspecto incomodado del novio, espero que serán felices.

Después de la comida en la que se nos sirvieron bandejas de manjares adornados de pasmosos dibujos artísticos, fuimos a un teatro cercano para asistir por primera vez a una representación china. En qué acto entramos y nos marchamos, nunca lo sabremos. El teatro chino excluye los modernos escenarios pero se caracteriza por los vestidos trabajados. El escenario se arregla a la vista del público y los encargados de ello van y vienen mientras dura la función sin preocuparse lo más mínimo de ella. Sus esposas y niños, se sientan en el escenario, no se quitan el cigarrillo de la boca, cuando la acción necesita el nuevo arreglo de las sillas y pantallas. Sus acciones me recordaron la deliciosa obra de Arthur Shaw «The Yellow Jacket».

El gerente del Teatro, nos dijo que el primer actor era un castigador tan grande, que tenía que estar guardado por detectives y dormir en el teatro para evitar las iras de numerosos maridos; por lo que puede deducirse que los actores son muy apreciados en China. Douglas

fué al escenario y conoció personalmente el Romeo de ojos oblicuos, pero si es que tuvo miedo que cayese víctima de sus encantos, o es que las mujeres no están admitidas en los camerinos, es un misterio para mí; el caso es que no tuve ocasión de ver al gran actor sin su maquillaje. En los puertos abiertos a los Europeos, las películas juegan en la vida del público, un papel más importante que el drama hablado, y muy especialmente entre los jóvenes chinos que quieren progresar. Las películas de aventuras son muy de su gusto y por eso es Douglas uno de los favoritos de Occidente.

En todas partes veíamos litografías de estrellas de Hollywood y por dondequiera que fuésemos éramos reconocidos por los chicos y las muchachas chinos, y al llegar al hotel, encontramos multitud de presentes de admiradores desconocidos.

Hong-kong, está bajo el dominio Británico, pero la mayor parte de la población, que se calcula en cerca de un millón de habitantes, es china. Naturalmente pasarán muchos años, y tal vez varias generaciones, antes de que los ideales del Oeste se impongan sobre las desplorables condiciones en que vive la clase baja de hoy día. Millones de trabajadores, ganan sólo un puñado de arroz como jornal, y hasta los hombres que tiran los cochechos en la parte más floreciente de Hong-kong, trabajan como esclavos por casi nada. A pesar de que la vida es tan barata, millones de habitantes mueren en el interior de inanición cada año, sin más que algunas líneas en los periódicos para notificar el hecho. Sin embargo, hay inconfundibles signos de progreso, sólo hay que ver lo que los extranjeros han hecho para mejorar las condiciones de vida.

Las mujeres juegan en el gobierno de China, un papel más importante de lo que se cree generalmente. En realidad, la presente administración es conocida como la dinastía Soong a causa de que tres hermanas de este nombre ejercen una inmensa influencia en los negocios del Estado. Una de ellas, es la esposa de Chiang-Kaishek, el Presidente de la República, la otra es la esposa del doctor H. H. Kung, Ministro de Comercio, y la tercera es la viuda del doctor Sun Yat Sen, el fundador de la República. Su hermano, T. V. Soong es el Ministro de Hacienda, por lo que puede verse como una familia detenta prácticamente el gobierno del país. Las tres hermanas fueron educadas en América (la esposa del Presidente está graduada en Wellesley) y hacen todo lo posible para mejorar la condición de las mujeres de su país.

La mañana siguiente, Douglas y Albert Parker fueron a Kowloon y yo fui

a comprar figurillas de marfil y jade, tomando mi primera lección del inglés que sólo se usa en China. Para comprar allí, se necesita aprender una técnica especial, de otro modo, se pagaría varias veces más de lo que vale el artículo adquirido. La adquisición debe hacerse en la especie de inglés, que es el lenguaje de los negocios en China. Nunca se debe preguntar el precio del objeto que desea adquirirse, sino coger un objeto que no deseamos ni remotamente adquirir, y preguntar su precio, y cuando el vendedor lo dice, el comprador, replica «Demasiado caro». Finalmente después de examinar varios artículos con la misma objeción en el precio, se coge el artículo que desea comprarse preguntando «Cuánto vale?», al enterarse del precio el comprador ofrece una cuarta parte del mismo. Entonces, el vendedor lo ofrece por la mitad de la cantidad primeramente pedida, pero el cliente replica: «Demasiado caro, además no lo necesito». De nuevo el comerciante rebaja el precio, «No puede usted rebajar nada más» y si se sabe hacer, uno se lleva el artículo por un cuarto del precio pedido. Si hubiese sido posible visitar Canton, hubiéramos prolongado nuestra estancia en Hong-kong, pero a causa de la guerra civil tuvimos que dejar de visitar esta ciudad, dirigiéndonos a Shang-hai, cuyo relato dejó a cargo de Douglas.

Días y noches de Shang-hai

por Douglas Fairbanks

El día que nosotros llegamos, procedentes de Hong-kong, Shang-hai era un hervidero. Autos blindados pasaban precipitadamente a través de las calles, las tropas estaban acuarteladas, y la ciudad en estado de sitio. El ferrocarril a Nanking había sido suprimido, y el servicio de trenes con el norte, suspendido como resultado de la actividad de las fuerzas antigubernamentales. Había habido choques con los rebeldes en las afueras de la ciudad, pero se me aseguró que no corríamos peligro, si permanecíamos dentro de ella. Antiguos residentes de Shang-hai me informaron que las presentes condiciones se habían hecho crónicas en la ciudad y que aparte del peligro de ser raptado, un europeo estaba tan seguro en Shang-hai como en Chicago (interesante si no exacta y tranquilizadora comparación).

Estas recomendaciones fueron una desilusión para todos, pues significaban que no veríamos Peking que está a treinta horas solamente de Shang-hai, o Nanking la nueva capital de la república China, a doscientas millas al interior. No obstante, cuando descubrimos las maravillas que Shang-hai ofrece al turista acordamos permanecer allí una semana.



Escenas del puerto de Shang-hai.

La capital comercial de China, es una ciudad moderna con todas las ventajas de una metrópoli occidental, combinadas con el perfume de Oriente; es una ciudad de violentos contrastes con los mayores edificios después de América, con riquezas incalculables, y sin embargo rodeada de una miseria tan terrible que no puede ser desarrigada. Cada vez que hay una fuerte helada, se encuentran en las calles a docenas los coolies muertos de frío, y a diez minutos del Cathay Hotel, uno de los mejores del mundo, miles de chinos vivean en un estado de inmundicia imposible de describir.

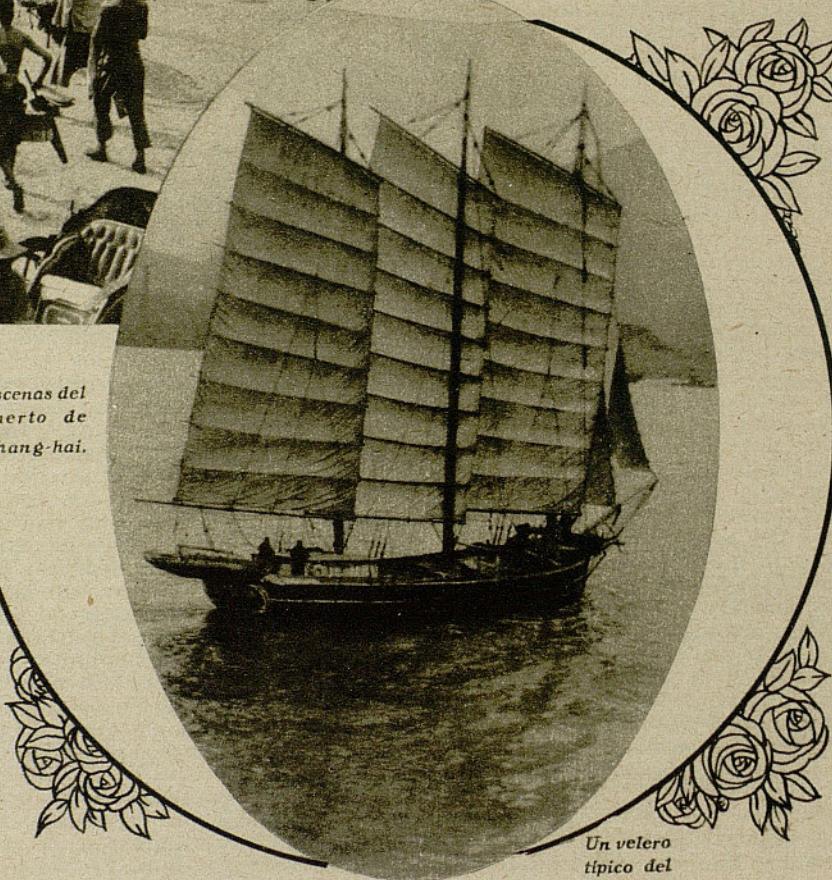
Shang-hai no puede llamarse una ciudad en el verdadero sentido de la palabra; es más bien una agrupación de tres comunidades, la Internacional, en la que predominan los ingleses, la concesión francesa y la ciudad china. Cada comunidad tiene sus propias leyes y se rige independientemente de las otras. La riqueza se concentra en el emplazamiento Internacional; allí es donde hay los grandes bancos, los edificios para oficinas, almacenes, clubs lujosísimos y hoteles con todo el refinamiento moderno que hacen de ella una de las más sorprendentes ciudades de Oriente. En poco más de medio siglo, el capital y la inteligencia europea y americana, han transformado una llanura fangosa en una de las más grandes capitales comerciales del mundo.

Pasamos en auto por el Bund, barrio comercial, del emplazamiento internacional, y por Bublin Well Road hacia el Majestic Hotel, lo que me recordaba San Francisco antes del fuego, y todo el tiempo que permanecí en Shang-hai se robusteció esta impresión, pues tiene la vida, el color y los picantes olores de la vieja ciudad de la Puerta de Oro.

Una vez en el hotel (que había sido la

residencia de la familia McBain y que estaba rodeado de un gran jardín), la amenaza de las tropas rebeldes, parecía una quimera, y nuestra atención volvióse hacia materias más personales. El Rajputana había amarrado a las ocho de la mañana, pero el paso a través de la muchedumbre que nos aguardaba en el muelle, nos hizo llegar al hotel cerca de mediodía. Poco antes de mi llegada, se había intentado declarar un boyicot a mis películas a causa de una escena de *El ladrón de Bagdad* en la que había atado por el rabo al villano que era un mongolés. Los resultados del boyicot pudiesen haber sido serios, pues la joven generación china va mucho al cine que en Shang-hai constituye una de las principales distracciones de la gente y los chinos están ofendidos porque su raza está mal representada en algunas de las recientes exportaciones de Hollywood.

La escena de *El ladrón de Bagdad* no debe tomarse como un insulto a los chinos, ya que el villano era un Príncipe de Mongol y el boyicot cesó cuando se les dieron estas explicaciones, pero el incidente revela lo sensibles que son a lo que parecen triviales ocurrencias en las películas americanas. Según me dijo un periodista chino, la venganza por medio del veneno, que vemos a menudo en las películas americanas, no es típico en los chinos. Los dragones en China son



Un velero típico del Japón.

criaturas benevolentes, al revés de la idea formada por Occidente basada en la mitología de los Nibelungos. En una película debe admitirse cierta libertad pero los chinos instruidos creen que ya es hora de que se desmientan algunas de las ideas absurdas que ciertos escritores americanos han divulgado sobre China.

(Continuará)

taría, a lo sumo, el viaje? ¿A qué puertos pensaba dirigirse?

Phillips tenía preparada la respuesta para cada una de estas preguntas. Su amigo no podría salir antes de cinco o seis meses. Proponíase emprender el viaje en la primera semana de octubre y estar ausente cosa de un par de meses. Había decidido hacer un crucero por el Mediterráneo, y la parada principal sería Montecarlo. Allí habría muchas personas que le conocían muy bien y que también conocían a su mujer, pues ya habían alquilado algunas villas para pasar la temporada. Montecarlo era el lugar más apropiado para proporcionar a él y a su compañera la notoriedad que andaban buscando.

Julia escuchaba tranquilamente. La insultante suposición de que ya no podía ofenderse por tal notoriedad la dejaba fría, eso a pesar de que era lo bastante lista para advertirla. En cambio, la preocupaba el delicado ajuste necesario para hacer concordar los planes de Manuel Fernández con los de Miles Sheridan.

La noche anterior, en su deseo de obtener una buena dote para Teresa, no se fijó gran cosa en este detalle. Parecía que allí había una magnífica oportunidad para la joven. Sheridan no le impondría su compañía más que en público, y como Julia había oído hablar de sus costumbres puritanas, no dudaba de que cumpliría sus promesas acerca del particular. O bien, en el peor de los casos y dando por supuesto que cediese a una tentación repentina, Sheridan era el hombre capaz de ofrecer una compensación adecuada en cuanto su mujer se hubiese divorciado de él. Es decir, que obraría así en caso de descubrir la verdad con respecto a Teresa, cosa que no podría menos de ocurrir.

Así, pues, Julia no se preocupó gran cosa con respecto al peligro que amenazara a Teresa. En cuanto al dinero, a pesar de que la joven, en su tontería, lo había rehusado, procuraría hacérselo aceptar de un modo u otro. La señora Fernández sería

muy rica y podría permitirse el lujo de regalar a su hermanita veinte mil dólares o más, teniendo en cuenta que no parecería sino que tal regalo lo hacia de su propia fortuna antes de casarse. Teresa tendría que aceptarlo, pues Julia diría, como lo hizo con respecto a las joyas, que Manuel no deseaba que conservase cosa alguna de cuanto poseyó en tiempos pasados. Creyó que sería más feliz sabiendo que a Teresa no le faltaba nada, gracias a su dinero, y que además era independiente con respecto a su padre. Y creía muy probable que una vez estuviese en América del Sur no volvería a ver a su hermanita. Desde luego, iría alguna vez a Nueva York, pero su camino, como señora Fernández, estaría muy lejos del de Teresa Desmond.

Julia se sentía penetrada de desinteresados sentimientos en su deseo de trabajar en beneficio de Teresa. Se hallaba dispuesta a hacer toda clase de sacrificios menos uno, pues no quería arriesgarse a perder a Fernández. Por eso, antes de decidirse a aceptar la oferta de Phillips, estudió la situación con respecto a Manuel.

Pensó, entonces, en su viaje de negocios a Europa, que la noche anterior le pareció ser conveniente para su propósito, mas ahora se dijo que podía darse el caso de que una vez en España, Fernández se enterara del crucero de Sheridan y del nombre de la joven que le acompañaba. Era naturalísimo que, en tal caso, llegara a la conclusión de que la mujer a la que dejara en Nueva York se había escapado con otro hombre.

A pesar de su ruidosa jovialidad y de aquel amor que le perdonaba su pasado, Julia pudo sorprender en Manuel algunas indicaciones de su carácter violento, propio de los latinos. Se lo imaginó echando a correr, deseoso de comprobar el rumor, y dirigiéndose tal vez a Argel, por ejemplo, en donde el yate anclaría con toda seguridad. Y si entonces divisaba a Teresa a alguna distancia, no tendría duda de que se hallaba ante Julia, y en tal caso surgirían complicaciones

tema ninguna indiscreción suya acerca de este plan, sino que podría encapricharse por ti y yo quedarme a la luna de Valencia. Esta noche te ocultaré y procuraremos que nadie se entere de tu presencia en mi casa. Cuando, por la mañana, haya venido Phillips, tendremos que decidir dónde te vamos a meter hasta el día de la salida del yate. ¡Calla! No hagas ruido. Acaba de sonar el timbre. Sin duda ha llegado Manuel.

Hubo un momento de confusión, porque Julia estaba muy excitada; en cuanto a Teresa, comprendió que estorbaba en el camino de su hermana, pero Emmeline, riéndose y diligente, vino a salvar la situación, como había hecho muchas veces en que Julia se halló en casos más comprometidos. Y un segundo más tarde, la niña fué llevada a la cocina.

Tuvo que quedarse allí para no poner en peligro a su hermana, porque el señor se consideraba en su casa una vez llegaba a la de la señorita Divina. Era un hombre alegre y ruidoso, que nunca se estaba quieto en un lugar, y muchas veces se iba al comedor para mezclar un cocktail o se metía en el dormitorio de Julia con el propósito ostensible de dejar un regalo en el tocador, entre las joyas dispersas. Mas su prometida adivinaba otros motivos para explicar semejante inquietud; es decir, alguna sospecha acerca de su buena fe, y el deseo de cerciorarse de que no había otro hombre más favorecido que él. Por eso habría sido fatal el inventar una excusa para impedirle ir de un lado a otro, pues en tal caso creería, naturalmente, lo peor. Julia se consideraba afortunada a los veintiocho años, después de la vida que llevó, por haber encontrado a un millonario dispuesto a casarse y que no tenía inconveniente en establecerla en una situación honorable, y en caso necesario, no habría vacilado en sacrificar a su hermana para conservar a su prometido.

Emmeline llevó una mesita de trabajo a la cocina y dispuso una bandeja de manjares muy atractivos,

con destino a Teresa. Allí se guisaba por medio de la electricidad, que no daba calor; además, una brisa ligera que empezó a soplar a la puesta del sol refrescaba la estancia. Fernández tenía que hablar de negocios con algunos individuos en su club, a las once de la noche, de modo que a las diez y media se despidió de Julia con todo el decoro que un hombre ha de guardar con la mujer que va a ser su esposa. Entonces Julia apreció en la cocina y encontró a Teresa, pálida, nerviosa y muy despierta.

No había necesidad de molestar aquella noche a la niña, hablándole de nuevos planes. Al día siguiente lo haría, porque era peligroso comunicar con papá, por teléfono, para confirmarle el hecho de que Teresa estaba allí. Era muy capaz de entregarse a la cólera y de estropearlo todo. No importaba que sintiera cierta ansiedad. Eso no le mataría ni le perjudicaría gran cosa.

Teresa convino en estas ideas de su hermana. Papá no la quería lo bastante para desesperarse por su pérdida. En cambio, le habría interesado mucho saber si el señor Nazlo había vuelto a Oldport y qué dijo su padre al enterarse de lo ocurrido.

El dormitorio y el cuarto de baño de Julia eran magníficos, mucho más espléndidos y dignos de una princesa de cuentos de hadas que otra cualquiera de las habitaciones del hermoso piso. La cama era de mimbre dorado, encuadrado en madera blanca esculpida, con amorcillos que tendían guirnaldas de rosas. Otros Cupidos sostenían cortinas de seda y encaje, de color rosa pálido, e incluso el espejo del tocador se apoyaba en los alados niños. En cuanto al mismo tocador, contenía cosas mucho más bonitas de lo que Teresa pudo haber imaginado, pues eran mejores que los frascos con tapa de oro y los jarrillos que años atrás derribó en el tocador de Isabel Sheen. También éstos eran de oro, adornados con esmeraldas, que era la piedra favorita de la señorita Divina, y diseminados

por la mesa había largos hilos de las mismas piedras verdes. Asimismo vió un collar de perlas muy largo y capaz de dar varias vueltas en torno del cuello, y gran cantidad de sortijas.

— Manuel me hace regalos espléndidos — explicó Julia — No quiere que en cuanto estemos casados use ninguna de las joyas regaladas por mis amigos, de manera que tendré que vender muchas de ellas. Te daré algunas cuando vayas al yate. Nadie creería que eres la «Mujer del Millón de Dólares» si no te ven cubierta de perlas, de mis esmeraldas favoritas y de gran cantidad de brillantes.

Teresa estaba a punto de contestar que no le importaba nada llevar joyas, pero temió que Julia, que estaba muy cariñosa, pudiera enojarse otra vez.

Aceptó una camisa de noche de batista color rosa pálido, aunque en

el convento, y también después, siempre se acostaba llevando una especie de bata casi tan gruesa y tibia como si fuese de cartón. Pero como Julia no tenía nada parecido, Teresa se conformó con lo que podía darle, sin demostrar ningún disgusto. Luego, después de meterse en una pila de cristal transparente, en donde casi se mareó por el intenso perfume de rosa y de sales para el baño, fué a compartir la cama de su hermana.

El lecho era suave, como si fuese de pluma; las sábanas estaban frescas y eran resbaladizas como hojas de plata. Todo aquello oía a rosas, y cuando ya Julia se hubo dormido, Teresa se quedó despierta, contemplando una luz rosada y tenue.

Le pareció estar a bordo de un yate llamado «Silverwood», en el cual iba a emprender un largo viaje con Miles Sheridan. ¿Sería verdad, o tan sólo uno de sus ensueños?

CAPÍTULO XIII



ERÍAN ya las doce y media y hacia más de una hora estaban acostadas, cuando resonó el timbre del teléfono junto al oído de Julia.

Esta se incorporó en el acto e hizo algo que convirtió la luz rosada en otra más intensa, de color blanco.

— ¡Dios mío! — exclamó. — ¿Será Manuel? ¡Ojalá no haya ocurrido nada desagradable!

Teresa no se había dormido aún, mas guardó silencio, aunque sus ojos estaban muy abiertos.

— ¡Diga! ¿Quién es? — preguntaba Julia. — ¿Cómo? ¿Eres tú, papá? — añadió mirando a Teresa mientras hablaba. — Sí, sé dónde está, pero ¿cómo has supuesto que lo sabía?

Desmond, que hablaba desde el teléfono de «La Luna Azul», contestó:

— Cuando volvió Nazlo diciendo que la niña le había plantado, no comprendí dónde podría estar ni qué

habría sido de ella. Luego recordé que Nazlo te citó a ti el día que solicitó ser presentado a Teresa, dando a entender que estabas de regreso en Nueva York. No tenía ninguna seguridad de que la niña conociera tus señas, mas me dije que tal vez en alguna ocasión oyó decir que vivías en el edificio Ardlamont. Y así até cabos y no me preocupé gran cosa. Ya habría llamado antes, pero no lo hice, porque en este momento acaba de marcharse Nazlo.

— Espero que no le habrás hablado de mí — observó Julieta mientras Teresa escuchaba con la mayor ansiedad, tratando de adivinar el curso de la conversación.

— ¿Por quién me tomas? — preguntó Desmond con cierto desdén. — No soy tan tonto como para hacer eso. ¿Quieres traerte mañana a Teresa o mandarla con tu mulata? ¿O prefieres que yo vaya a buscarla? No me fio de que venga sola, pues podría jugarme una mala pasada y

volver al convento o marcharse a otra parte.

— Creo haber encontrado en Nueva York una buena ocasión para Teresa — contestó Julia después de una ligera pausa —. Me parece que harías muy bien dejándola una temporada conmigo. A ella le repugna ese Nazlo, quien, al parecer, la asustó con su conducta.

— Es una imbécil — gruñó Desmond —. Ese individuo está loco por ella. Y aun ahora, si volviese y se portase como es debido, podría conquistarla otra vez. Yo he dicho a Nazlo que sin duda se habrá ido a casa de alguna condiscípula y que volverá mañana a «La Luna Azul», arrepentida de su escapatoria.

— El no quiere casarse con la niña — observó Julia.

— Pues yo creo que sí — contestó el padre.

— Nunca he hablado con ese hombre, si bien lo he visto varias veces. Se dice que está casado y que tiene su mujer en el sur de Francia.

— ¡Bah, no lo creo!

— El caso es que todos los años se va allá. Sin embargo, no se puede jugar con un hombre como ese. Mi plan es mucho más seguro, en caso de que todo marche como es debido. Hay veinte mil dólares a ganar en dos o tres meses.

— No está mal. Y ¿cómo volvería Teresa al terminar ese trabajo?

— Pues lo mismo que ahora.

— Bueno, creo poder confiar en ti, Julia. De todos modos necesito conocer la historia al detalle antes de dar mi conformidad.

— Está bien. Tranquilízate, pues, y mañana iré en mi automóvil a verte. Ahora voy a cortar la comunicación. Estaba dormida cuando me llamaste. Ten en cuenta que te hablo desde la cama.

— ¡Cómo! — exclamó el padre, con acento de incredulidad —. ¿Tú en la cama a las doce y media? Me parece que me quieras tomar el pelo.

— Nada de eso. Soy una buena muchacha y me acuesto con las gallinas.

Y colgando el receptor miró a su

hermana, cuya cabeza reposaba en la almohada.

— Ya comprendo que no te dormirías escuchando esta conversación — Se echó a reír y añadió —. Creo no tener necesidad de contarte lo que me ha dicho.

— He comprendido que papá quiere que vuelva y que tú vas a persuadirme de que me deje vivir en Nueva York — contestó Teresa —. Pero ¿a qué te referías cuando le dijiste que podría ganar veinte mil dólares? ¿Acaso el señor Sheridan pagará esta suma a la muchacha que le acompañe en el viaje?

— Tal es la oferta que me hizo Hartley Phillips — confesó Julia.

— ¡Pues yo no quiero ningún dinero de él! — exclamó Teresa —. Ya ha hecho bastante por mí.

— Esta suma será pagada en un cheque, según creó. Tal vez en dos. Uno al empezar el viaje; el otro, al terminarlo. Y el pago se hará a la señorita J. Divina. También puede ser que me dé el dinero contante y sonante, lo cual sería mejor. Por consiguiente, sobre mí recaerá el crédito o el descrédito del asunto, así como el dinero si tú te niegas a aceptarlo.

— Me niego — contestó la joven.

— Muy bien. Ahora durmamos y no nos acordemos más de eso.

Apagó la luz blanca, y los rostros de las dos jóvenes, así como los de los escupidos y sonrientes amorcillos, se quedaron, al parecer, velados por una gasa de color rosa.

Hartley Phillips llegó a las once de la mañana siguiente y encontró ya a la señorita Divina vestida y dispuesta para salir. Dijole que tenía que ir a tomar el *lunch* con una amiga, en la ciudad baja, pero que todavía disponía de algunos minutos para hablar. Añadió que, después de pensar en la proposición, estaba inclinada a aceptar, siempre que las condiciones fuesen de su agrado. ¿En qué fecha se disponía a partir el señor Sheridan? ¿Cuánto tiempo du-

ALBUM DE
FILMS SELECTOS

Filmoteca
de Catalunya



P1014-79

PHILIPS HOLMES



LILIAN HARVEY